

LEONARDO SOSA

Casa editora en verde

EL SENTIDO DEL
PLURAL

El sentido del plural

de Leonardo Sosa

Primer prólogo

Esta obra junto a los escritos *Luleå*, *Está en todas partes y no está*, así como el spin-off, *Las cavilaciones de Ámbar*, forman un mismo mundo literario, el cual consta de los mismos personajes, cambiando sus roles según el relato.

Es posible leer los títulos por separado y juntos forman la saga *Palabras que sostienen la luz*.

También es factible que el mundo se amplíe en mis siguientes proyectos.

Resta decir que la novela toca pequeños fragmentos de otros trabajos de mi autoría, destacándose el que lleva por título: *La fragilidad de la belleza*.

Segundo prólogo

Al lector:

Aleje todo lo que lo rodea o aléjese usted que rodea a todo lo demás, relaje los sentidos, relaje todo lo que pueda relajarse. Apague el celular, haga lo mismo con la televisión y cuando esté listo preste atención a la lectura: los siguientes párrafos tendrían que ser parte de un epílogo, sin embargo, con un imperceptible fin, decidí ponerlos al principio.

A partir de acá el escritor se va, este tiempo es para usted.

Bajo una silente meditación crepuscular, San Pedro dormía. Era una noche vacía de gentes, pero llena de silencios, alumbrada solo por tímidas estrellas que se mostraban diminutas.

A las afueras, entre la espesura de una gris y azulada niebla, el bosque lleno de algarrobos era testigo involuntario de su último acto.

Con los labios cortados, con una helada brisa sobre su rostro; ella no se derrumba, ni de rodillas.

Sus ojos todavía brillan, liberando un fulgor cargado de impotencia. Sus latidos aún tienen mucho que decir y con urgencia. Llena de anhelos busca una comunicación más sutil que la palpable, necesita que el viento agite su sentir en el aire hasta transmitir un auxilio, no concibe otra forma.

Pero nadie sabe dónde está, todos duermen, pocos sueñan; por ende, nadie puede responder.

Con sus formas guerreras disimula una lágrima gloriosa y presta atención a todos los detalles. Parece un paisaje escaso, aun así, lo va poblando con melodías reflexivas que el río regala a unos cientos de metros. Sus notas prístinas llegan desde la vera, van sorteando árboles centenarios, avanzan y no se detienen, ni con la insensible tiniebla dueña de lo invadido y lo confuso, logrando inmiscuirse en sus recónditos sentidos. «Hay causas puras, que disipan la fugacidad que acecha cada palabra y cada gesto». Su piel se eriza, queda al unísono sumergida en la prosa pensativa de su conciencia, reafirmando, «hay causas maravillosas y nobles, que nunca mueren, ni en una totalidad de derrotas; como las verdades».

Luego de media docena de suspiros quedo el desconsuelo. La única posibilidad era hacer lo que estaba haciendo, aproximándose al final...

Temblaron las constelaciones del hemisferio pampeano cuando pidió un por favor; que la cuiden y la protejan, que crezca siempre libre fue su deseo, con una clara convicción puso firme el cañón sobre su sien y disparó.

Algunos pájaros escondidos echaron a volar y el eco lúgubre junto a ellos se extravió en los cielos de la noche.

En ese instante, la progresión de los segundos pareció ralentizarse como si se adormecieran los relojes del mundo, su cuerpo, poéticamente, se inclinó hacia un costado, el opuesto del impacto en la sien y sordamente cayó sobre un colchón de florecillas y tallos verdes.

Mantuvo fija la mirada, poco viva; pareció construir una última idea a medida que se intensificaba la penumbra, respiró ahogadamente sin encontrar alivio y con serenidad, en paz en la misma desolación, dejo caer los párpados.

La inflorescencia de la hierba se bañaba en rojo sangre, la tierra absorbía su alma y a su alrededor el verde se entristecía.

Con las mejillas rojas todavía y la ropa rota, amanecía.

Donde se había ido no se puede seguir, los demás se quedarían por la mañana observando sus adentros.

Capítulo uno

“Un elefante escondido tras un sombrero”

Escúchalo desde el QR

Puso dos libros en su morral, el que todavía no había avanzado lo suficiente para conocer las confesiones de la autora y *Ensayo sobre la ceguera* de José Saramago.

Se miró por última vez en el espejo. Como tantas veces fue el cristal, con su franco reflejo, el que trajo destellos fotográficos de su madre entre los veinticinco y treinta años, previos a descubrir porque le dolía de manera constante la espalda, anteriores a los pelos en la almohada y a la posterior cabeza afeitada de mamá.

En ese ayer, una voz oncológica resonaba en todas las habitaciones de la casa familiar. Frases que no hacían ninguna referencia a salvar su vida, sino solo prolongarla.

Desandando el calendario hasta el instante en que por primera vez escuchó el término quimioterapia intravenosa, antes de llevar cosido en el pecho el día más triste de

su vida, antes de caer, levantase, volver a caer y levantarse; mucho antes de vivir con su abuela y después con su tía, se sentía la niña más feliz del planeta.

Fue por la década del noventa.

Fue cuando apenas era una pequeña pilluela a la que le gustaba rebuscar en la biblioteca de mamá esos libros que tenían palabras de *grandes*. La adrenalina crecía cuando en su escondite, un atiborrado chiribitil, leía dramas familiares o escenas eróticas entre diversos argumentos, y aunque no los entendía del todo, le fascinaba conocer párrafos, personajes y escenarios distintos a los de sus libros infantojuveniles.

Rememoraba esa época como la más linda; quizás porque era mamá y no Google la que le contestaba todas las dudas que le surgían, conversaban largamente, incluso de las cosas que leía a escondidas. Ahora no importaba, y ya era anecdótico, la vez que la castigó por haber contado a toda la clase de tercer grado, ¡y con lujo de detalles!, lo que leyó en el *Kamasutra*. Es que allá, sobre las calles adoquinadas de San Pedro, en esa casa andrajosa con techos altos y paredes resquebrajadas, era donde por las noches recorría un interminable pasillo que daba a una puerta, y tras ella su lugar en el mundo, allí no importaba nada más. Al girar el picaporte se encontraba con la cama de mamá y papá, y en el centro del colchón su lugarcito.

Y así como si de una quimera se tratase, a la mañana siguiente una suave voz la despertaba: “Vas a llegar tarde al cole”, siempre con su mejor sonrisa, como la del espejo que ella imitaba sin encontrar el modo.

Ahí en los años noventa estaba mamá, la loca de los viajes a la playa, amante del café y los libros de páginas amarillentas hechos añicos.

E incondicional al pasado, hermoso y a su vez doloroso, poco importaba que ya habían transcurrido un par de decenios, el hilo que las unía era sempiterno. La echaba de menos.

Se observó un poco más en el espejo, siendo el último minuto de su espacio que rodeaba a otro espacio, y con una mirada vidriosa metida en una conversación con sus emociones, dijo: «¡Lista! ¡Estás guapísima!»

Salió de la habitación tras despedir a su marido que seguía *domingueando* en la cama, esa escena de la intimidad era otra realidad, no obstante, también recurrente. En continuidad, al pasar por el recibidor, agarró su abrigo y se fue sin prisas.

Montó en su bicicleta y mientras pedaleaba el viaje se transformó en paseo, anhelaba calmar la angustia, y perderse en el sosiego del verde; interior provincial, aura de pueblo. Iba rumbo al club de lectura, tratando de no pensar en los problemas maritales con Rubén, pero se le hacía difícil con tan mala cara que puso al despedirlo, más allá de ser un mero anexo a la normalidad de la pareja. Es que la verdad, vestida de simpleza, brillaba por encima de cualquier simulación que intentara, iba más allá del paisaje terapéutico de domingo por la mañana.

Y ahora el lugar del encuentro entre la nostalgia y el pasado estaba ahí mismo, siendo solo materia palpable el eco de los buenos momentos ya ausentes.

Ella, resiliente, daba vuelta en la melancolía y su rumor de pretéritos inviernos para que funcione la convivencia, sin embargo, parecía decretado el final. Lo sabía cuándo ya nada de lo que hacía a él le gusta, cuando todo le molestaba...

Las mujeres tienen un sexto sentido, un séptimo y un octavo, no sé por medio de cuál, pero perciben si un hombre está mintiendo. Rubén inventaba salidas, momentos para distanciarse, creía ser sutil, sigiloso e inteligente, pero era claro que pasó del enamoramiento a la indiferencia, no la soportaba.

Conjeturaba hipótesis a cada girar del pedalier.

«Quizás las distancias emocionales comienzan cuando los hombres se quedan en la adolescencia tardía, ¡es un cortocircuito interno!, no pueden manejar la propia inmadurez.

¿Por qué Rubén crea distancias y se frustra?

¿Por qué se aleja? ¿Por qué se resguarda en su intimismo?

No sabe, ni puede abordar, los obstáculos de la pareja, no le da. Tal vez tiene un severo resfriado de la era de la frialdad en la que vivimos, la negación del otro y la potenciación del Yo. No se teje un contrapunto cuando se cree que los problemas se solucionan alejándose, callándose o evitándolos».

Sola, muy sola, iba por un pequeño sendero.

El camino se embellecía al acercarse al lago, donde la brisa indecisa, mitad terrenal, mitad virazón, traía consigo un aroma frutal; dedujo que era por algún naranjo de una quinta o casita cercana. Dibujando redondeles en la gravilla, lo buscó dando vueltas en círculos con la bicicleta y creyendo que su olfato la guiaría, con la mirada asertiva lo encontró. Escondido tras un muro de un metro y medio de alto, se dejaban ver sus ramas verdes que apenas salían de la propiedad, lo que le abría la posibilidad para alcanzar sus críticos. Puso su bici lo más cerca que pudo de la pared, se estiró como nunca lo había hecho y

tomó uno de sus frutos. Aspiró su perfume con delicia al apoyar la fruta sobre el surco que se forma entre la nariz y la boca (el denominado *filtrum*), y lo guardó en su morral, ya sabía para quién era, ahora solo quedaba el último tramo del viaje.

Bajó presionando suavemente el freno por las laderas del monte hasta el nivel del lago donde estaba su destino. Pensativa y sin respuestas a una relación que no tenía un regreso visible al lugar donde quería estar: sentirse bien.

1

Estacionó la bici en el lugar de siempre.

Apacibles camelias de variados matices le robaron segundos al observarlas. Montoncitos de lirios hicieron lo mismo. Al jardín delantero de la casona colonial se conjugó *Bandido*; tras recibirla moviendo su cola en consonancia con su alborozo. Bandido era un perro que viro de agresivo y hostil a encomiarla por haberlo rescatado de los abusos de su antiguo dueño, eso sí, manteniendo inalterado su espíritu cimarrón. Brevemente, se pusieron al corriente; le acarició el lomo y él lo disfrutaba.

Atravesando en sentido transversal el simbiótico encuentro, de repente vinieron todos los recuerdos de aquel día; cuando con su amiga, Ámbar, lo liberaron de su despreciable *amo*. Un personaje que organizaba peleas de perros sin ningún remordimiento: “Hasta que el último quede en pie”.

Al verlo por primera vez, estaba semi inconsciente, con cicatrices faciales y sangre cubriendo su cuero cabelludo, era doloroso verlo tumbarse al intentar caminar, solo luchando por su supervivencia.

Una noche, sigilosas, además de muertas de miedo por ser descubiertas, con el ritmo cardíaco duplicado, cortaron con una ganzúa sus cadenas y dejaron atrás su cruel pasado.

“Los perros no hacen por naturaleza este tipo de cosas, no pelean por pelear, eso es de humanos” había dicho su mejor amiga con consternación, a la vez que le prometía que si sobrevivía le iba a brindar otro tipo de vida y mucho afecto, o al revés.

Al contentarse con las caricias, él continuó con sus quehaceres y entonces aquella alguna vez redentora sacó del fondo de su morral la naranja que había recogido practicando contorsionismo(!), y se la arrojó sobre el lacio césped diciendo:

—¡Bandi!, ¡atrápala! —y en el aire la atrapó.

Ella prosiguió contemplando un rato más el aura que daba la maitinada, tal vez para borrar esas añejas imágenes, aunque a decir verdad era más fuerte que ella perderse en sus tiempos, intervalos que la hacían siempre llegar tarde, sea cual sea el compromiso, esa mañana de domingo el cometido era entreverarse durante dos horas en una sopa de letras.

Los cabellos endemoniados por el viento del sur los escondió debajo de un pañuelo de seda multicolor, base celeste con colores verdes, naranjas y amarillos. Cubriendo toda la cabeza, lo ato con una moña por debajo de la barbilla, tal cual lo hacía Audrey Hepburn. En tanto del morral sacó sus libros e ingresó sujetándolos sobre su vientre.

La anfitriona de las tertulias era Angélica, una señora adinerada que prestaba todos los domingos una de las casas más lindas del pueblo.

Con muros de piedra blancos y verdes enredaderas que trepan hasta las tejas de barro, aún conservaba, en su techumbre inclinada, viguería de madera autóctona de otro siglo.

Y más allá de la fuente, en el medio del patio central, los llamativos muebles arabescos y el arte mudéjar, lo que más les fascinaba a las concurrentes eran las delicias que preparaba su cocinera, Marisa.

La tradición era ser agasajadas con un pastel de hadas para cada una (*fairy cake*, por estas latitudes son más conocidos como *muffin* o *cupcakes*), una torta de manzanas, sabor a nostalgia de abuelas, para compartir, y no podían faltar una gran cantidad de galletitas de jengibre en el banquete, variando el popular hombre de jengibre por una silueta femenina. La pastelería era rigurosamente acompañada por un exquisito té inglés.

Viuda del exintendente municipal, al cual debía gran parte de su fortuna, la propietaria había tenido relativa fama en el ámbito literario nacional dos décadas atrás, con un par de novelas de meridiano éxito. Ella las renombraba con el que hablara, buscando un reconocimiento que rara vez llegaba. Hoy, lejos de ser una autora consagrada, pero con el ego por las nubes, se dedicaba a brindar talleres literarios semanales y a escribir una columna de opinión para el diario local, siendo además su directora. En tanto, los fines de semana, el foro donde debatían sobre escritores y escritos era solo de allegados.

A las reuniones de lectura asistían tres amigas de Angélica, estas eran; Viviana, Rosita y Claudia, señoras del mismo estatus social. Y si bien Vaitiare era sapo de otro pozo, el nexo para su presencia era la romántica y siempre espiritual Ámbar, que brindaba albores de sentimientos a las lecturas. Siendo la única hija de Angélica; joven emprendedora, socia y el alma gemela de Vaitiare. Así mismo era la otra mitad liberadora de Bandido, convertida hoy en su compañera, evitando los términos posesivos que no le cuadraban.

3

Golpeteando la cuchara de té sobre la porcelana de la taza, la dueña de casa sabía que ahora tenía toda la atención de las lectoras.

—Tengo una noticia que contarles que pocos saben, ¡un chisme! —dejó un instante al silencio de interlocutor y esperó de manera intencional las reacciones.

—¡Me está matando la intriga!, ¿qué pasó? —el suspenso y Viviana no eran compatibles.

—¿Es sobre el robo de la estatua? —Claudia creía saber lo que iba a decir.

Había aparecido la cabeza de la estatua de la plaza en la iglesia, todo apuntaba a una pandilla que se hacía llamar “los del lago”.

—No, no, lo del prócer sin cabeza es otra cosa, esto nos incubé de otra forma, es un *potins de privé-magazine* —habló en francés para darle mayor solemnidad.

—¿Qué pasó? —repitió Vivi, obviando las palabras nasales que no entendió.

—¿Vieron la casa de Lacroze y San Martín? El terreno que ocupa casi toda la manzana.

—¡Sí, sí! —Viviana, lejos de disimular, no podía más.

—¡Yo sé quién se va a mudar ahí! Compraron la propiedad hace un mes y es una persona del ámbito literario.

Una mueca de felicidad se dibujó en grande sobre su rostro.

—¿Quién? —Preguntaron en coro.

—¿Conocen a Martín Bastallada?

Se escucho un *¡sí!!*, como si en el minuto noventa se hubiese metido un gol. También se oyó: ¿de en serio?, Rosita había puesto toda el alma en la erotema.

Contemplando la excitada afirmación de sus compañeras, Vaitiare y Ámbar permanecieron calladas, a cambio se hicieron caras de broma, imitando el entusiasmo de las demás, hasta arrancar risitas cómplices.

—¡Albricias!, Martín se muda esta semana, para las que no lo conocen, es el autor de *Texturas y sabores del verde* y *Un hombre imparcial*.

Se armó un pequeño cotorreo al respecto, bullicio incomprensible para el que no es parte. Vicio necesario para ellas.

—¿Estará buscando inspiración? —intrigada Viviana lanzó una pregunta al montón.

En una pausa a la estridencia del cotorreo, Rosita acotó.

—Tal vez quiere hacer una novela ambientada en San Pedro.

—Todos vienen acá buscando tranquilidad —dijo Claudia.

Silente Vaitiare dialogaba con si misma: «¿Tranquilidad?, lo de la tranquilidad es la excusa perfecta para los que vienen escapando de su pasado, de sus errores».

Ámbar la alejó de su creativa concentración.

—¿Esa casa no está cerca de la tuya?

En un reparo a su interrogante contestó.

—Sí, a una cuadra.

Angélica pidió silencio con sus palmas de la mano, blandiéndolas hacia abajo. Luego quedó la pausa, una tregua al jaleo.

—Además, chicas, vamos a traerlo al taller.

Obviamente, ya me puse en contacto y a través de su agente, vía mails, se comprometió a leernos su última novela. Desde luego cuando se instale en su nuevo hogar...

Por lo pronto propongo que hoy hagamos una excepción, nos salteemos por esta vez a nuestro querido Saramago y leamos un fragmento de su más reciente obra, la cual, recomiendo; y así de paso todas vamos conociendo su bibliografía.

Contentísima por dar las novedades, le dio el libro a Claudia que, con una simulada tos carraspeo aclarando la voz para llamar el interés de las presentes, luego comenzó a recitar.

Las fronteras del espíritu por Martín Bastallada.

El sentimiento donde nace el romance no necesita en su belleza maquillaje, no se enreda la ilusión en desilusiones. Bajo la espesura de los besos hay un poco más que la esencia de dos almas, es la conjunción de un universo por explorar.

Vaitiare se perdía en la narrativa desde las primeras palabras... asociaba a la protagonista, una veinteañera que iba descubriendo un amor reflexivo, a su enamoramiento mental. Cuando conoció a Rubén, la obnubilo con la belleza de su hipnótica mirada, no hubo mucho que pensar. Si hasta de sus malos chistes se reía, rematándola con su sonrisa. ¿Cómo no iba a perder por completo la cabeza?

«¿A los veinte se puede tener pensamientos tan claros?»

Cada uno hoy crea su propia verdad, pero lo que escuchaba parecía que iba de ficción más que de romance. En su recurrente diálogo interno rogaba que no sea otra copia mediocre de *Cincuenta sombras de Grey*. Mientras, el ápice de su realidad era que después de cinco años se estaba dando cuenta que su marido ya no la amaba... era el antónimo de la protagonista que tenía la vida tan clara con veinte años.

Le pasó el libro a Rosita que continuó leyendo con voz nítida y pausada.

... ¿Quién es Matarile?

Notas tranquilas trajo el viento, ríle, ríle... y las llevó hasta el balcón de su palacio, princesa de veintitrés años del barrio porteño de Flores.

Yo la conozco, observó aquel.

—Es la chica risueña que baila en la plaza, es la que canta romance, la que tiene sed de amor.

Pero no la toques, no la desees, ni siquiera la mires hondo a sus ojos café, si no es para amarla.

Cuando conocí a Matarile, tiempo atrás, ella vivía en sus sueños y no pretendía despertarla...

Resguardaba sus opiniones, tal vez por la cobardía al qué dirán.

Guardaba sus secretos bajo dos frazadas. Amante de los perros, detestaba a los gatos, reviviendo la

batalla más añeja de nuestros tiempos, las diferencias.

Si vamos a una descripción más profunda, era una mujer simple, una palabra difícil de describir,

ahora bien, podría haber sido un estandarte viviente de ese término, refiriéndolo no como algo negativo, sino que su mera presencia exaltaba los valores positivos de la sencillez, así como los de

la espontaneidad, la ingenuidad y la humanidad entre tantos otros.

Esa simpleza la elevaba por esos tiempos, no se maquillaba, su belleza espiritual se reflejaba en su semblante, resaltando toda esa naturalidad que ningún maquillaje podía enaltecer. En esos años la

hacían única, lo expresaba en su forma de vestir; una especie de hippie chic o mejor adjetivada,

hippie con plata. No buscaba ni quería sobresalir, de manera involuntaria lo hacía.

Vaitiare estaba en otra novela: la propia. Torcía la boca, cruzando los labios, pensando en sus melodramas, pero con la capacidad de seguir hilando la lectura y sus desventuras a la vez. «Matarile te usan en cuentos machistas escritos para mujeres, así de paradójico, ¡avívale!»

El año uno del libro de su vida en pareja había comenzado tan romántico como el que leían, pero en el arribo de la temporada cinco ya no quedaba ni una décima de ese amor. ¿Dónde estaban las mariposas en la panza? Era evidente que ya no era esa quinceañera que leía novelas rosas. Ahora todo era estrés, intranquilidad y un pesar mental que no podía manejar.

Piel contra piel, veinte años de diferencia, casi toda su vida...

Leía Ámbar en una declamación agradable con acentos joviales.

...Mi barbilla curtida contra la suavidad de sus texturas.

Esperé este momento; el de estar solos, ella tan virgen, tan enamorada...

El turno de la lectura en voz alta recayó en Viviana. Era el recitado más difícil de seguir, la ansiedad en su personalidad se exteriorizaba en la pronunciación de las palabras con tónica, además de continuas trabas que sin querer dificultaban al oyente su disfrute; ni hablar de una muletilla, *ajá*, que emitía entre cada parrafada.

Ahí estaba, ropada en seda, una princesa en mi alcoba se desvestía. Ambos, ebrios en deseos febriles, dejamos caer al piso las prendas; y si querías ver, eran esos claros instantes donde era más notoria la diferencia de edad. Mientras, mis caricias recorrían toda su feminidad.

Un pensamiento involuntario e incestuoso se venía a mi cabeza, la mujer que estaba tocándome mientras me miraba fijamente tenía casi la misma edad que mi hija, a la que todavía la llamaba con diminutivos. En una vida paralela podrían haber salido juntas a bailar o algún bar o tan solo ser amigas de Instagram, inclusive ahora, tal vez son recíprocas followers.

La ronda de romance se completaba con las palabras de la mujer de las pecas color canela y pañuelo multicolor en la cabeza.

Apática, miró la tapa rosada con letras negras en fuente *courier new*. Centrada una caricaturesca ilustración, captaba toda la curiosidad. Un hombre trajeado, con pelo cano y anteojos, se sumerge en las tintas de un diario e inevitablemente se dirige hacia una colisión con una chica (de una notoria menor edad) que alienada observa la pantalla de su smartphone. «Todo tan cliché».

Muy gestual en sus facciones, comenzó la lectura con el ceño fruncido;

*Ella no quería tener faltas de ortografías en este amor, sentía esa presión, pero no podía controlar
ni ser culpable de los sucesos naturales de la gravedad.*

*No quería desnudar sus emociones, empero él ya había visto la transparencia en su tórax, latidos
cardiacos que se reflejaban en su tez blanca sonrojada al hacer el amor.*

Y mientras leía se sonreía con ironía sin percatarse de que todas estaban notando la contrariedad en su interpretación.

*...Se planteaba el amor por encima de los prejuicios, el amor por encima de los deseos, un amor
reflexivo; una esperanza que sea norte...*

Terminó el capítulo de los besos, las caricias, los deseos y cerró el libro.

Angélica guardó en una estantería, junto a otras voces, la retórica del novelista. Voces que muchas veces se colaban bajo su almohada por las noches, a veces personificadas en Marius y Cosette; otras en Elizabeth Bennet y Fitzwilliam Darcy. A continuación, en papel de moderadora, tomó la palabra.

—Gracias a todas por tan grata lectura, ahora vamos a procurar analizar su prosa — examinó, juzgando con una vista penetrante a la más disconforme, y dijo—. Los escritores escriben novelas para recrear la vida a su manera, no a la manera de los lectores y a veces sucede que nos enseñan cosas, no quiere decir que sepan de todo lo que escriben.

Muda, Vaitiare se expresó: “¡Hay escritores que no saben ni enseñan nada!”, pero se mordió los labios para no contestarle en voz alta; era polvorita y habían prendido la mecha.

Angie, como la llamaba su hija, observó a todas y prosiguió.

—Aprender de la mirada de distintos autores es nuestra mejor interpretación de los libros. No cabe duda que es una historia de amor. Bastallega se caracteriza por este tipo de literatura y en esta obra nos plantea desde los primeros párrafos la relación entre un señor, que es veinte años mayor, y una señorita. También nos sitúa en espacio-tiempo, la novela se desarrolla en la actualidad, lo hace señalando la tecnología que usa la protagonista y el mundo *nuevo* que el amante desconoce, además está ambientada en la localidad de Bahía Blanca.

Quiero que me den sus primeras impresiones.

Vaitiare, cegada de emociones, un puntito rebelde, fue la primera en dar sus sensaciones.

—Yo creo que, a esa edad, la protagonista no puede tener tanta lucidez para profundizar, de la manera que propone el autor, las emociones que se experimentan en el amor. El hombre se está aprovechando de ella y juega con esa idea en las primeras páginas.

—No, la chica es la que se aprovecha de él —elevando la voz, Viviana la interrumpió—; tiene un cuerpo espectacular y lo utiliza para seducirlo, ¡por el amor de Dios!, ¿por qué crees que hace mención de su billetera y su posición económica?

—¡Justo!, desde ese pedestal saca ventajas, presenta al protagonista como una persona inteligente, adinerada, mientras en el fondo le complace tener el poder del amorío, como un CEO de una empresa, pero en una relación, ¿te lo imaginas?, es un simple manipulador, ¡es de manual!

—¡Pero si en ningún momento se deduce que a él le gusta tener el poder en la relación!

—interfiere efusivamente Claudia.

Rosita bajo las pulsaciones de la acalorada discusión con una serena intervención.

—La primera conclusión que me aventuro a sacar es que ambos están enamorados y nadie se aprovecha de nadie.

—Es una burla de los optimistas —murmura Vaitiare, pero nadie la llega escuchar.

Aplaudiendo con suavidad, Angélica da por terminado el apasionado debate.

—Tenemos muchas preguntas para hacerle al autor, espero que pronto nos dilucide esta entreverada historia.

Al término de la tertulia, en el jardín, conversaban las más jóvenes.

—¿Sabes cuantas estrellas tiene el cielo? —Ámbar rompía el adocenamiento pueblerino.

—Es de día, ¿estás bien?

—Estoy muy bien —bajó la mirada de las nubes y la posó en su iris —. Para mí hay una estrella para cada momento.

Sin poder entenderla la sintió más terrenal al escucharla decir:

—¿Vos, cómo estás?

Liberó sus claros cabellos rojizos del pañuelo, sopló a un mechón de pelo sobre la cara y respondió.

—Y ahí ando... cosas con Rubén, pero estas mentes pacatas... —puso los ojos en blanco —
, ¡me sacan!

—Tenemos que subir la vara, no te podés enojar con las chismosas del barrio. Si al fin al cabo la gente no cambia, cambian solo los estados de ánimo, para que enrollarte.

***(Ver “El grado de soledad”).**

En una conversación alterna, con un signo de interrogación en su rostro, le preguntó en voz baja a su perro...

—¿Otra vez estuviste comiendo naranjas?

Vaitiare, negando la travesura, expreso con su carita: “yo no tuve nada que ver”, y a la vez que fingía su inocencia la traía de regreso a la conversación de humanos que estaban teniendo.

—Son tan privativos sus pensamientos —comentó, repatriándola a sus dramas.

—No les des bola.

Mientras la ayudaba, sosteniéndole los libros para que suba a la bicicleta, volvió a mirar el cielo.

—Si necesitas hablar sobre Rubén, cuando vos quieras.

A punto de decirle: “¡Sí, necesito despernadamente hablar!”, Ámbar continuó su inconsciente soliloquio.

—Ahora no puedo, me tengo que ir volando, primero voy a clase de canto y después a yoga, pero hablamos a la nohecita. Te mando un mensaje ni bien llegamos a casa con Bandi.

—Dale, anda yendo —contestó desanimada, saludándola con el mismo humor.

Se despidió con más ímpetu de Bandido y se fueron en direcciones opuestas.

Ámbar al trote, a la par de su perro, levantaba la frente sin dejar de mirar el firmamento, hasta el punto de que no pudo hacerlo más al subirse a su camioneta. Él brincó al Honda CR-V y ella bajó la ventanilla del pasajero, en menos de un segundo el sabueso sacó su cabeza anticipándose a las caricias que le daría el viento. Puso primera, segunda y el futuro los convirtió en una lejana mancha en el paisaje.

Pedaleando de regreso a su morada, inevitablemente pasó por la futura casa del susodicho. Harta, se quedó pensando en la escritura del tal Martín. Monologando con su conciencia se decía que la literatura rosa es para una etapa de la vida, después muta a

ciencia ficción, tan pronto descubrís que los hombres en la realidad no son como los de los cuentos. La anagnórisis en la vida real revela la verdad.

Tras entrar a la habitación se encontró con Rubén durmiendo, para confirmar una de sus tantas hipótesis diarias. Si sabía demasiado se convertía en su saber, mudamente gritaba ¡basta!, quería por una vez ser la inocente Matarile. Jamás la iban a esperar con un ramo de flores o un almuerzo sobre la mesa, «¿dónde están los hombres musculosos, inteligentes y atléticos de la literatura?, los que rescatan a las pueblerinas y tienen más plata que Bill Gates, ¿dónde?» Bajo los parpados dos segundos perdiéndose a oscuras, disociándose de su piel, sintiéndose infinita, serenándose... «Mejor así Vaiti...es un momento de paz para tomar mates y leer» (en esta oportunidad al fin algo que le gustaba, para sacarse el mal sabor).

Entre todos los libros que tenía estaba el de la autora que aún no conocía, tenía temor de que pierda el encanto que traía hasta ahora, a esas alturas el de la página 250...

Era el miedo a los finales sin preciosidad poética lo que la hacía dejar los libros que le gustaban a medio leer, temiendo que el final sea como los días que vivía, aquellos que perdieron su encanto, en los cuales la llama de manera paulatina se fue apagando. Y tal vez todavía podía echarle la culpa a una copiosa lluvia que tararea todo lo que extraña; podía ser que sea la responsable de extinguir lo idílico, pero a decir verdad ya no tenía fuerzas para resguardar el último fulgor.

Agarró su iPod, puso el álbum que venía escuchando, *llepolies* (golosinas en catalán), a un nivel bajo, melodías de fondo y abrió la novela donde tenía el señalador.

Fui a terapia durante años y jamás me dieron el alta.

Yo estoy arruinada, están arruinados mis sueños.

Espero todo el día que llegues y me quedo más sola cuando no llegas.

Y sigo arruinada sin poder salir de mi laberinto.

Así esperé todo el día,

primero puse un sufrido mediodía antes de la tarde, después,

un atardecer delator reflejo lo pequeña y cansada que me siento.

Así esperé todo el día,

hasta que no llegaste y se hace de noche, una noche sin ningún color, solo noche

y no llegas.

Fui a terapia para encontrarte, pero jamás me dieron el alta.

Y jamás te encontré.

Le pasó algo que habitualmente no le pasaba; no quiso leer más. Subió el volumen de su iPod y pensativa se perdió en su reflexión.

Las sombras le parecían insoportables, la casa le resultaba insoportable, ¿qué hacía sola en un viaje de a dos?

Capítulo dos

“Café caliente de invierno”

Escúchalo desde el QR

Salió de su casa un poco más temprano que de costumbre para ir al trabajo, estaba segura de que en la librería La Reminiscencia, en el centro de San Pedro, iba a encontrar el libro que estaba buscando. Entró y preguntó por el último título de Martín Bastalleda, *Las fronteras del espíritu*.

Se sentó un instante en una banca de la plaza ubicada frente a la librería.

Cielos de armonías brindaban un clímax primaveral en pleno invierno cuando los gorrones practicaban coros.

Hojeó un poco la dedicatoria del libro, pasó algunas páginas haciendo una interpretación rápida sobre oraciones y palabras. Visualizó lo mucho que le iba a gustar la novela en un todo a su mejor amiga. La liviandad en ella se componía en un ochenta y cinco por ciento de curiosidad y tan solo un quince se inclinaba por el peso en su conciencia de cumplir con la tarea del club de lectura.

Comenzó a leer el capítulo de las transparencias, la diafanidad y el secretismo.

Nadie sabe lo que pensamos o sentimos,

aunque sobrevaloramos la habilidad para entender de los demás.

¿De qué va la transparencia en ella?

En ella se puede observar su conformidad con la persona que quiere ser.

Se puede ver qué ocurre cuando se sienta periódicamente en los bancos de la plaza.

Si observamos bien, deja al descubierto su sensiblería.

Hoy saca un libro titulado: Permiso para tomar un suspiro, y sus emociones cambian a cada capítulo. Yendo de facciones que expresan contentamiento, dónde sin saberlo hace uso de su mayor encanto: su sonrisa; pasando a rasgos de preocupación en su rostro, que en su modo post lectura no los vas a volver a ver; y a veces si tenés suerte, la podés contemplar perdiéndose en la nostalgia, un sentimiento del que nunca va a hablar.

*Al tiempo que termina la hora cronometrada vuelve a tomar su celular y es como si se colocara un
sobretudo que no deja ver quién es en realidad.*

*Pero si sacamos conclusiones, la chica en el banco de la plaza es una mujer que busca a alguien que
la saqué de sus fantasías, que la haga olvidar su pasado y sus preocupaciones. Es en ese momento
que la podés conocer, solo hay que ir a la plaza entre las ocho y las nueve de la mañana.*

En esa coyuntura exacta se puede ver a alguien transparente y entenderla.

Vaitiare muchas veces estaba convencida de que los libros hablaban con ella. Desde chica conversaba con los protagonistas; un tal Babar (el elefante de la obra infantil *L'histoire de Babar*) era su mejor amigo de la infancia hasta que conoció a Dorothy en *El mundo de Oz*. En la adolescencia, Jo, Josephine March, de *Mujercitas* y Hermione Granger fueron las hermanas que nunca tuvo e incluso se enamoró de Holden Caulfield en la novela *El cazador oculto* (*The catcher in the rye*), aunque por trescientas noventa páginas lo engañó con Step (Stefano Mancini) en *A tres metros sobre el cielo*. Y si bien esta novela estaba lejos de hablarle, le estaba haciendo un guiño para que mire la hora, la cual estaba pasando volando: estaba llegando tarde al trabajo.

El libro viajaba en el morral dando saltitos por la irregularidad de la calle de tierra. Ahora la analogía con la chica del cuento en este capítulo no era tan distante, ella también se sentaba en los bancos de la plaza a leer párrafos tras puntos aparte, asimismo, desde luego, no dejaba ver sus emociones más íntimas.

La pequeña panadería, fruto del esfuerzo mancomunado con Ámbar, marchaba exitosamente. Hace un año, habían establecido, en la zona céntrica de San Pedro, un coqueto local.

Ellas dos trabajaban en el turno tarde, en un horario que iba desde las trece hasta las diecinueve horas. Por lo general, sus tareas, en el transcurso de la jornada laboral, consistían en la atención al público, así como la supervisión y la administración de la pequeña empresa.

Muchos tiempos parecían vacíos durante las siestas sampedrinas. Horas monótonas e indiferentes, no obstante, se llenaban de conversaciones con intención de profundidad.

La rutina olvidada en la ciudad seguía siendo sagrada en estos lares. La tranquilidad en el comercio rara vez era perturbada por algún turista anticlimático o algún lugareño ateo de la pausa pueblerina.

Pecado era quebrantar la serenidad en los inviernos.

—Tengo el libro ideal para vos... —con una alegría exagerada, Vaitiare sorprendió a su amiga mostrándole la tapa rosa de la novela que compró.

—¡Ah!, es el del tipo que va a venir. ¿No teníamos que leerlo?

—En teoría —*payasesca*, imitó el tono de voz de Angélica —: “Hay que conocer su bibliografía”, “¡Albricias!”

—*Bonjour* —Ámbar improvisó disfrutando el juego.

—*Bonne nuit...*

—*Aimer, c'est savoir dire je t'aime sans parler.*

“Amar es saber decir te quiero sin hablar”, Victor Hugo fraseado románticamente por Ámbar, que de un momento a otro rompió el apacible instante.

—A ver —hurgó en la solapa, había una foto con una pequeña biografía por debajo, señalándolo, haciendo círculos con el dedo índice sobre la fotografía, la interrogó —: ¿Qué te parece?

—Tiene sus añitos, pero se lo ve bien.

—No está nada mal el viejito.

—Y te va a encantar la historia, es muy romántica y... ¡Es para vos!, ¡te lo regalo!

—¿Pero no era que lo teníamos que leer? —insistió la mujer de ojos azules pintados siempre de paz.

—Después me contás de qué va.

—¡Gracias! Sos una genia, cuando lo lea te digo que tal esta.

La charla cesó, Ámbar dejó al libro un ínterin en el olvido y se acercó al mostrador para atender una clienta que había transgredido el folclore del remanso. En el mismo instante que se fue indagó sobre el estado de ánimo de su amiga, el cual le preocupaba.

—¿Y cómo está la relación con Rubén?

—No va bien, sospecho que me estoy despidiendo. Fue una apuesta muy alta; quería una familia y un compañero para toda la vida. Ahora tengo la sensación de que no sirvió de nada todas las cosas que deje de lado “por la pareja”, al parecer no fue suficiente, él se cansó, se agotó, creo que ya ni le importo... y yo tengo un vacío emocional que no lo puedo controlar.

Sorprendida, improvisar palabras para Ámbar era dar con el verbo justo.

—A veces el desamor es un vacío existencial, la desidia en la relación no ayuda, pero lo ideal es tener paz mental, para actuar con responsabilidad afectiva, sin lastimar, sé que suena muy difícil y tal vez es lo que menos te interese ahora, uno trata de sobrevivir y solo piensa en su dolor cuando está en una espiral de sin sentidos —se detuvo a tiempo, puso un punto a la oración antes de irse por las ramas y terminar hablando de los “orgasmos” modernos de felicidad —. Yo sé que tu desilusión es fuerte y te tiene mal, son sentimientos que se reflejan en nuestra aura. Pero también creo que son momentos en que uno solo ve lo negativo. Si logras un autocontrol de tus emociones vas ver las cosas con otra perspectiva.

—La actitud responsable la entiendo, pero que pasa si a él no le importo —sin poder disimular la pena que se asomaba por los ojos, inmersa en la búsqueda de las razones del rechazo de su marido murmuró un anhelo —, a veces me gustaría ser más reflexiva, como lo sos vos, para entenderlo.

—Comenzá por vos, si no te autopercebís bien, imagina lo que ven los demás, ojo, trata de que los medios para alcanzar “tus metas”, no se convierten en fines en sí mismo... no hagas eso que hacemos todos, lo de olvidar lo bueno para evitar lo malo.

Vaitiare se quedó callada, en una pausa que inconsciente pide aire a las palabras para procesarlas; luego de ningún sonido alguno, solo nada, se permitió una pregunta que le carcomía los pensamientos.

—¿Me pregunto qué idea habrá formado sobre mí para mostrar tal desinterés?

—¿Por qué no se lo preguntas? Si él estuviera bien no acudiría al desprecio para mostrar sus emociones, trata de empatizar con lo que le está pasando y explícale como repercute en vos, convérsalo.

En este punto, Vaitiare; al escuchar a su amiga en el papel de psicoanalista personal, fiel representante de la corriente humanista, tal como Erich Fromm o Viktor Frankl; puso cara de estar encubriendo algo, se le escapaba por los ojos un cóctel de déficit con cierta vergüenza.

—¿Qué?, ¿acaso no sabe todo lo que vos sentís?, ¿cómo te sentís?

—Lo tiene que saber... —supuso.

—Entonces, ¿aún no le preguntaste si es consciente de lo que está pasando?

—Creo que sí, que lo sabe.

—¿Pero todavía no hablaron del tema? —quiso saber más.

—Estoy tomando fuerzas, tratando de ver si algo, todavía, se puede salvar —adujo Vaitiare qué, con un umbral vocal más agudo de lo normal (presagio de consternación), agregó —es que veo como discurre el pasado entre los dedos y no lo puedo agarrar... y todo esto me angustia.

Ámbar trató de adivinar sus cavilaciones, formuló una deliberación privada como lo hacía cuando se la veía sospechosamente callada. Prolongadas ocasiones en las que viajaba desde este planeta hasta su mundo.

«Es que al parecer en el desamor uno se queda ciego y el otro ve con claridad. [...] Minuto por minuto, el ciego piensa que simplemente hay que amarse. Y el observante, el que ve todo tan claramente, no lo ve».

***(Ver “El observante”).**

Su reflexión sería íntima. Tras la posteridad de una prolongada tranquilidad del espíritu; simpatía etérea de las almas equilibradas; abrazó a su amiga que más que palabras necesitaba gestos.

2

Era mitad de semana, por lo general Rubén se iba después del desayuno al trabajo, lo que le daba tiempo a Vaitiare para distraerse de la cotidianeidad. Ella estaba encariñada de cosas humildes, tomar un café caliente en invierno era una de ellas, y por qué no leer un poco de la autora que tenía a medio completar.

Página 258

*Se acerca el invierno que espere por tantos años, ahora voy viendo cuanto necesito de la paz que
no encuentro en mi interior, me estoy volviendo loca.*

*El cielo se cayó sobre mi cabeza y sus estrellas están tan cerca que clavan sus extremos en mi
pecho, asfixian las nubes, mientras el frío penetra en la sangre coagulándola.*

No tengo nada para combatirlo, meramente preparo un café con dos cucharas de mis lágrimas.

Te convido un poco de mi nostalgia, lo que queda de la reminiscencia de tu calor.

Opuesta a la otra novela; en esta, su voz tocaba sus venas. Este libro era de los que contaban secretos, buscando despojarse de su carga corría el velo y al oído del lector los

liberaba. Había otros que le sugerían cosas rescatando del hilo de sus tintas consejos e ideas. Con muchos otros recorrió ciudades, caminó sobre los adoquines de París con *Rayuela*; aprendió idiomas con Orwell y Shantal, historia y geografía, también, con otros más fascinantes, viajo en el tiempo y a otras realidades.

Sin embargo, a la obra de Martín, no la podía descifrar.

Intuía que la protagonista corría algún tipo de peligro, había un halo de aflicción en la narrativa, pero hasta retomar de alguna manera su lectura, no lo iba a poder saber.

«Hay gente que le habla a la tele, tan loca no estoy», pensó sincerándose.

3

Pedaleó a toda velocidad, abstraída en los registros de la belleza que imanaban las palabras impresas en las páginas que ya no enumeraba; las horas se disiparon y otra vez estaba llegando tarde al trabajo. Redujo su meteórica carrera, en la que no había premio, al pasar por la esquina de la citada casa en venta; el cartel de “se vende” ya no estaba.

Esta vez un camión gigante de mudanzas estacionado sobre la calle de tierra contrastaba con el lienzo vivo de dispersos ibirapitás (*o yvirá-pitá-guasú*) entremezclados con lapachos amarillos que rodeaba la propiedad.

Contempló toda la escena, al margen de los tonos ambarinos, vio a un hombre de espaldas; un metro ochenta, flaco, color de pelo cano; supuso que era el renombrado Martín, al lado como su sombra estaba Angélica, aunque ni su sombra ni ella la vieron pasar.

Al llegar al trabajo, agitada, lo primero que hizo antes de saludar a su incondicional compañera fue contarle el chisme, le urgía contarle para así calmar su palpitar.

—Cómo estará tu mamá... —las dos se rieron.

—¡Loca!, ¡insostenible!

—No lo pude ver al tipo —pícaramente Vaitiare se manifestó.

—Ahora le mandó un mensaje —sacó su smartphone y escribió:

—No va a entender nada.

Sin dejarla terminar de hablar, Ámbar exclamó.

—¡Ahí contestó!, mira:

—Me quiere conseguir novio a toda costa.

—Eso seguro, pero este tiene sus añitos, está más para tu madre que para vos.

Hablando de todo un poco, Ámbar se explayó con frases despaciosas sobre el libro.

—Me encantó tu obsequio, ¡leí varios capítulos! Muy romántico, como me dijiste... y sí, es para mí, el libro —se rió sola, entendiendo en singular su chascarrillo —, hay pequeños mensajes en sus palabras, extraños, muy sádicos, igual estoy fascinada. Cuando lo lean Clau y Vivi te van a dar la razón, el protagonista es un manipulador, pero no te quiero *spoilear*.

—No lo voy a leer, contame ...me tenés que hacer el resumen —le advirtió Vaitiare.

—Voy por el capítulo ocho, en dos días lo termino.

El viejo le exige a Matarile que le demuestre cuanto lo ama, pero no le satisface nada de lo que ella intenta. De manera que el protagonista la está llevando a hacer cosas muy extrañas.

—¿Pero es boluda Matarile?

—Es que teje sus movimientos con sutileza, la *psicopatea*, se le metió tanto en su cabeza que la domina a voluntad, el temita del amor excesivo. La premia con sexo, y si algo no le gusta la castiga negándoselo. Su fin es desequilibrarla, todavía no sé el porqué. Y Rile ahora es insegura, depende de él, vive confundida y es sumisa a todo lo que el tipo dice. Hasta anota todo en una libretita a modo de secretaria. Él le dicta lo que quiere comer; tomar; como quiere que ella se vista y si van a tener sexo o no ese día, imagínate.

—Ya lo odio al viejo —sonrió.

Al otro día compró el diario local, buscó la noticia del escritor, sin importarle la foto de tapa que decía en su epígrafe que Argentina le había ganado a Paraguay uno a cero, en un ajustado partido por la Copa América 2021. La noticia secundaria de esa edición informaba que en las últimas veinticuatro horas se habían registrado quinientos muertos por COVID, de mala gestión ni una palabra. Pasó rápido las páginas que hablaban sin sentido de política hasta encontrar la noticia que quería leer.

Visualizó la secuencia, Angélica esperando por interminables minutos la llegada de Martín, de mal humor, tras caminar con tacos por la gravilla. La representó *cintureando* el polvo que se levanta a cada pasar de algún auto por la calle de tierra. Todo disimulado con una sonrisa fingida y gafas de sol, eso sí, espléndida; chaqueta coqueta en tonos pastel; pantalón de vestir y un collar de oro de quien sabe cuántos quilates haciendo juego con los pendientes.

Por eso dedujo que el fotógrafo del diario local, servicial, fue el que cargo el cestillo de productos autóctonos de la región y más allá de sí la foto estaba encuadrada o no, merecía un aumento de sueldo por el mero hecho de soportarla en esos interminables minutos.

A Bastallega no lo dejaría hablar, le contaría de sus años dorados como escritora y por supuesto le regalaría una copia de su narración más conocida. Iba más allá, estaba segura de que el pobre tipo ya se estaba arrepintiendo de haber elegido San Pedro para encontrar la paz que no tenía en la ciudad, estaba convencida de que ahora se cuestionaba si había sido la elección correcta.

Con el atardecer volatilizándose en el horizonte bajaba del monte en su bicicleta de estilo holandés, color celeste, con canasta de mimbre por delante, donde solía poner el morral, los libros y en este caso el periódico.

Así mismo era causa consecuencia subir a la bici, pedalear unos metros e involuntariamente abrir una visión mental reflexiva.

Como una cosa no va sin la otra; las altas expectativas que se generan ante lo que falta y el vacío intelectual que producen ciertos excesos de emociones; era probable que la lleven a buscar en los tiempos más tristes, algo que con naturalidad existe en los tiempos más felices. «¿Dónde están las sonrisas que tienen forma de sonrisas y son sinceras?, las que abrigan las venas más íntimas del alma, las que son guía. ¿Por qué se esconden de mí y es tan difícil encontrarlas? Si solo supieran que no es una cuestión de curiosidad, si solo entendieran que trato descifrar mi pensativa melancolía...»

¿Por qué pensar para ella siempre era una ausencia?

La paradoja del sentimiento de la falta de sentimientos agradables. La queja permanente de no sentir un cariño que antes sentía, ¿depresión? En el fondo (la épica de compartir en un contexto donde, en muchos, vale más el interés propio y en todos, el egoísmo inconsciente) era tener ganas de conversar y no poder, de querer que la abracen fuerte y que la reacción sea rechazo; y así todo se ramificaba, dando como resultado incompatibilidad. Generando la ausencia, una insoportable presencia.

Permitió a la inercia interactuar al dejar de pedalear, escuchando el silbido placentero que produce el sistema motriz de cadena, piñones y pedales al llegar con cierta velocidad a un destino. Primero abrió el portón del jardín delantero, después dejó la bici.

Se le hacía difícil hasta girar la llave de la puerta de entrada y pasar por el marco, si su idea era mostrarle el diario a Rubén y hablar de su nuevo vecino lo volvía a pensar y se le iban las ganas, mejor simular, mejor evitar otro enojo.

Con su marido no era tan impulsiva al relacionarse, dócil, tal vez, pero lejos del personaje de Matarile. Lo respetaba de manera temerosa, tirando al tacho toda la fuerza del feminismo que pregonaba en todos los otros ámbitos en los que se desenvolvía; en el íntimo era sumisa. De forma disruptiva, la mujer temperamental se transformaba tan solo con saludarlo. Posiblemente por su baja autoestima o quizás había un complejo psicológico de inferioridad muy escondido, era para tratarlo con un psicólogo, pero la inconsciencia de su accionar se estaba desestabilizando, inclinando la balanza hacia el despertar de la conciencia.

Rubén, rechazando todo lo que sea distinto a lo intolerable, molesto con quien sabe qué, apeló al mal humor cuando recibió a su esposa al llegar.

—¿Trajiste el diario?

—Sí —ella le mostró el periódico.

—¿El diario de San Pedro? —preguntó en un tono más irónico del que puede soportarse

—, ¡qué raro en vos!

—Lo compré porque tiene una nota del vecino, el que compró la casa grande con pileta.

—¿Es famoso? —indagó.

—Un poco, es un escritor.

—Ah —las interjecciones a veces son la representación del verdadero sentir, él por dentro ya estaba maquinando, elevando su temperatura corporal, conjeturando celos.

Ella, no sé si por el sexto, séptimo u octavo sentido (los que tienen las mujeres) leía su conducta belicosa; a través de sus gestos se metía de lleno en sus pensamientos.

Tal vez por eso, buscando una tregua, inocentemente le preguntó;

—¿Querés leer la noticia?

—No me interesa, veo a que a vos sí —del dicho al hecho, en tres, dos, uno, ya estaba celándola.

Vaitiare se echó para atrás y guardó silencio, sin darse cuenta de que arrugó las hojas del diario al apretarlas con impotencia; él agarró su bolso y se fue al trabajo sin saludarla, enojado con quién sabe qué.

Apenas se lo escuchó mencionar:

—Me tengo que ir —despidiéndose.

6

Se bordaba con hilos de ausencia la despedida, el adiós o el final del contorno de algo que alguna vez fue romance.

Ira reprimida y certeros sentimientos la invadieron, el adiós también era a su errabunda y somnolienta inconsciencia.

Despierta, como nunca antes. Llorando un mar de lágrimas, al igual que muchas veces, una vez más como si estuviese derrumbándose un barranco, los funambulistas de tantas cornisas en ese instante caían; solo que ahora, por primera vez, ella asimilaba la manera en que tenía que proceder para engañar a la infinita caída, ruina que es la monotonía de las parejas donde no hay amor.

En un breve pensamiento se dio cuenta cuanto necesitaba hablar con su amiga, agarró su celular y la llamó.

—¡Hola Vaiti! ¿Pasó algo?

—No, no... —era un no que era un sí —, necesitaba hablar con alguien...

Ámbar se acomodó en la cama, dejó el libro de Martín a un lado y prestó atención. A sus pies Bandido se limpiaba las pezuñas a bruto lengüetazo.

—Decime lo que quieras, yo te escucho.

—Es sobre Rubén, no sé cómo encararlo —musitó.

—Hoy pensaba en eso, todavía no puedo creer lo que me contaste..., es que se los ve tan bien juntos.

En efecto, ese día, mientras paseaba por la rambla, vivificándose con el aroma del oleaje ventoso del lago, retomó la cuestión oyendo el suave murmullo (astral) de su imaginación: «tal vez, son como las estrellas, que se ven hermosas juntas en el cielo, pero en realidad están demasiado separadas».

Luego se sentó sobre una roca que era ensombrecida por blancos abedules, perdiéndose en internet al buscar la distancia en años luz que hay entre la Tierra y los astros, ahora bien todo eso es otra historia.

—Es lo que vende para afuera, pero no es así, hay tantas distancias, enorme extensión, como las que pueden existir entre el amor y el desamor. Hace una cosa: representa la palabra desamor, como vos sabes, tiene un prefijo, des, ¿no?, y su raíz amor, bueno, acaso no se escribe de corrido y bien juntitas, pero hay una inmensa brecha en esas palabras, cargan significados tan contradictorios... Es triste hablar así... pero es peor

obligarse a desenamorarse —se calló unos segundos, después de hablar de corrido la tardanza del silencio pareció tan extensa como la distancia entre des y amor; fue desconcertante. ¿A dónde diablos estaba yendo con analogías tan rebuscadas? Ámbar nunca se imaginó por donde iba a salir—. Estoy pensando en decirle de separarnos, ya no aguanto más, pienso que sola voy a estar mejor; pero, por otro lado, me da terror imaginar que todo lo que vivimos se termine.

Lo que escuchaba a Ámbar la estremecía y tras salir del shock, la serenó, no con palabras, con el gesto preciso para tocar el corazón.

—Ahora voy para tu casa, en quince minutos llego, trata de mantener la tranquilidad.

—Sí, estoy tranquila—mintió piadosamente, la deschavaba su tono de voz entrecortado y sus palabras apresuradas, farfullaba —. Aunque estoy agotada de llorar todo el tiempo.

Pasada la medianoche estaban hablando cara a cara.

—Yo pienso que lo peor en una relación no pasa por confundirse o meter la pata, lo peor es no intentar remediarlo —opinó Ámbar.

—Por mi parte creo que intente arreglar las cosas.

—Hay que ver cómo lo siente él —trató de ampliar la reducida visión de su amiga.

—Es que ya no sé si tengo ganas de saberlo...

—... ¿Entonces es una decisión tomada? —preguntó Ámbar.

Se tomó un instante para responder.

—Creo que sí, voy a darme tiempo para digerirlo.

—Siempre conta conmigo —mientras le tomó la mano le dijo —, son decisiones muy íntimas, solo no te dejes influir por nadie, ni por lo que yo te digo.

Luego la miró a los ojos, deambuló en sus pensamientos y los proyectó en Vaitiare.

—¿Te acordás lo que te decía cuando te peleabas con algún noviecito del colegio?

—¿Qué le haga caso a mi corazón? —respondió en duda.

—Sí, yo sigo pensando lo mismo... —Ámbar calló, buscaba la responsabilidad afectiva, que la guía sea el corazón maduro y pensante de su amiga.

Sobre esas conversaciones que volvían a empezar y con las horas más oscuras acunándolas, sucumbieron y se quedaron dormidas.

Al despertarse una nota al lado de su smartphone decía: “¡Estás llegando tarde!”, saltó disparada de la cama y mientras se vestía vio que atrás de la hoja continuaban las palabras. Se sentó en el borde de la cama, amnésica del tiempo, y leyó:

Las desventuras me hacen sentir el contrapeso de los regalos. Confieso que obsequio lo que me regalan, solo guardo el afecto de esa intención y el tuyo está en mi alma por siempre. Por eso será que siempre guardé tus presentes, hasta tengo una Barbie que me regalaste cuando tenía diez años, porque no hay contrapesos en nuestra amistad. Por siempre va a haber sinceridad y amor, te quiero mucho.

Un smile garabateado era la rúbrica.

No captaba la prosa, era demasiado temprano para descifrarla y demasiado tarde para llegar a horario al trabajo.

Siempre ayuda la calma de las horas que van de las veintidós a las veinticuatro. Suaves arpeggios de guitarras, en el tocadiscos sonaba un tal Silvio Rodríguez.

«¿Tanto rencor sembré, que odio que él me haya regalado ese vinilo?», el contrapeso de los regalos del que hablaba su amiga ahora lo entendía.

Un café mata inviernos movía a su contemplación el pensamiento de que estaba descuidando su luz.

Ayer clara y distinta, hoy cansada de las sombras del romance vulgar.

En este año ningún acento, coma, ni paréntesis de la relación le daba contentamiento.

Todos los caminos llegaban al destino de las charlas cruciales, quedando en claro cuándo: sería en el estadio melancólico del crepúsculo vespertino, antes de que se precipite sobre sus palabras el frío del silencio.

Ya había pensado que decirle, las frases en su conciencia quedaban tan bien, parecían poesía, rogaba recordarlas y evitar ponerse nerviosa.

—Tenemos que hablar —sus manos temblaban, las junto entrelazando sus dedos y las apretó buscando que el temblor pasé desapercibido.

Desganado, Rubén le contestó.

—¿Sobre qué?

—Sobre nosotros —dijo Vaitiare tomando aire.

—Qué pasó ahora —musitó el descolorido marido.

Lo miró fijo, preguntándose si le estaba tomando el pelo.

—El problema es que no pasa nada.

—Yo creo que estamos bien —su lenguaje corporal se transformó en uno más adusto.

—¿A vos te parece? Cómo se puede construir algo entre dos personas que no se hablan, que se dicen monosílabos, que no comparten nada.

Rubén la escuchaba buscando que se equivoque en alguna palabra para atacar ahí. Iba acumulando rabia y quería escupir su bronca, pero ella (honesta y directa) lo estaba desmoronando.

—Si esto no cambia con acciones, yo voy a preferir que nos separemos. Quiero que lo pienses seriamente.

Rubén se quedó callado.

—No vas a decir nada.

Mirando al piso, contestó.

—Tenés razón, déjame pensarlo.

Algo lo sacó de su eje, por primera vez no tenía controlada la situación. Acto seguido se fue conmovido al patio y cerró la puerta.

Aunque tal vez, en ese exacto milisegundo del universo, tras esa puerta, no hay otro lado.